

# Razones para Creer

Una guía pastoral para fortalecer  
la fe católica en tiempos de  
confusión y búsqueda



P. Luis Antonio Vergara, SVD

## **Razones para Creer**

**Una guía pastoral para fortalecer la fe católica en tiempos de confusión y búsqueda**

**P. Luis Antonio Vergara, SVD**

### **Índice General**

1. El regalo inmenso de la Iglesia
2. El verdadero significado del domingo
3. ¿Dejar la fe cuando hay dificultades?
4. Las imágenes sagradas: signos que nos elevan
5. El significado de “hermanos” en tiempos de Jesús
6. El fundamento de nuestra fe: Cristo y Pedro
7. ¿Por qué celebramos la fe en comunidad?
8. ¿Qué significa el verdadero ecumenismo?
9. ¿Es válido cambiar de religión?
10. ¿Debemos adorar a Dios “a nuestra manera”?
11. ¿Qué significa “ser uno” como Iglesia?
12. ¿Se puede encontrar a Cristo fuera de la Iglesia?
13. ¿Por qué llamamos al Papa “el sucesor de Pedro”?
14. ¿Qué sentido tienen las dificultades en la vida cristiana?
15. La fuerza de la Eucaristía
16. La importancia de conocer la Biblia

17. ¿Por qué hay tantas divisiones entre los cristianos?
18. El peligro de interpretar la Biblia a capricho
19. La Virgen María, madre que nos acompaña
20. ¿Qué sentido tienen los santos en nuestra fe?
21. ¿Por qué muchos evangélicos no aceptan a María?
22. ¿Qué es realmente la confesión?
23. El bautismo: puerta de la vida nueva
24. La Iglesia, madre y maestra
25. ¿Por qué necesitamos los sacramentos?
26. ¿Qué significa vivir la fe en medio del mundo?
27. El sentido del sufrimiento en la vida del cristiano
28. La vida eterna: nuestra esperanza definitiva
29. ¿Por qué necesitamos la Iglesia para ser santos?
30. ¿Qué es el Magisterio de la Iglesia y por qué confiar en él?
31. ¿Qué significa decir que la Iglesia es apostólica?
32. ¿Qué es la comunión de los santos?
33. ¿Por qué rezamos por los difuntos?
34. ¿Qué valor tiene ofrecer una misa por alguien?
35. ¿Por qué seguimos creyendo en la Iglesia, a pesar de todo?
36. ¿Qué sentido tiene ser católico hoy?
37. Razones para seguir creyendo

## **Introducción general**

Vivimos tiempos de muchas voces, de búsquedas sinceras, pero también de confusiones profundas. Tiempos en que muchos han dejado la Iglesia, otros la miran con desconfianza, y no faltan quienes, aún dentro, caminan sin entender bien lo que creen. En medio de todo esto, se hace urgente volver al corazón del Evangelio, reafirmar nuestra fe católica con alegría y convicción, y ayudar a otros a descubrir que sí hay razones para seguir creyendo.

Este libro nace desde el amor a la Iglesia y desde la experiencia pastoral de acompañar a tantos que, en medio de sus dudas, heridas o distancias, no han dejado de buscar la verdad. No pretende ser un tratado académico ni una defensa agresiva de la fe. Es, más bien, un puente sencillo, cercano y humano, para reencontrarse con lo esencial.

Cada uno de los 37 temas aquí presentados responde a preguntas reales, a inquietudes comunes, a frases que escuchamos con frecuencia en parroquias, hogares, redes sociales o incluso en nuestro interior. Con un lenguaje accesible y con profundo respeto por quien piensa distinto, se ofrece una respuesta serena, arraigada en la Palabra de Dios, en el Magisterio de la Iglesia y en la vida concreta del creyente.

Este texto está pensado para quien ha dudado, para quien se ha alejado, para quien quiere comprender mejor su fe... y también para quien acompaña a otros en el camino de la evangelización. Puede leerse como reflexión personal, usarse en grupos, o inspirar catequesis y momentos de diálogo.

Hoy más que nunca, no basta con decir que somos católicos. Hay que saber por qué, hay que vivirlo con verdad, y hay que poder compartirlo con amor. Si este libro logra despertar un poco más de luz en quien lo lea, entonces ya habrá cumplido su misión.

## **Tema 1**

### **El regalo inmenso de la Iglesia**

Muchos han escuchado decir que “Jesús sí, la Iglesia no”. Otros aseguran que se puede tener fe sin necesidad de pertenecer a una institución. Estas frases,

aunque populares, expresan una visión incompleta y superficial de lo que realmente significa la Iglesia. Porque la Iglesia no es una estructura fría ni una organización inventada por los hombres. Es un regalo de Dios.

Jesús no vino a fundar religiones, sino a ofrecer salvación. Y para que esa salvación llegara a todos, formó una comunidad viva, una familia de discípulos reunidos en torno a su Palabra, sus sacramentos y su amor. Esa comunidad es la Iglesia. Él mismo la llama su esposa (cf. Efesios 5,25) y promete que las fuerzas del mal no podrán destruirla (cf. Mateo 16,18).

Decir “creo en Jesucristo” y rechazar la Iglesia es desconocer que fue Jesús quien la fundó, quien la guía y quien vive en ella. Es en la Iglesia donde recibimos el Bautismo, donde se nos anuncia la Palabra, donde participamos de la Eucaristía, donde encontramos consuelo y perdón. Es en ella donde Cristo se hace cercano.

La Iglesia está formada por hombres y mujeres frágiles, sí, pero sostenidos por la gracia. Ha pasado por tormentas, errores y escándalos, pero también ha dado santos, mártires, misioneros y millones de fieles que han vivido su fe con autenticidad. La Iglesia es santa porque su alma es el Espíritu Santo, aunque sus miembros necesitemos constante conversión.

La Iglesia es madre. Nos acoge, nos forma, nos sostiene. Cuando nos alejamos de ella, podemos sentirnos más “libres”, pero corremos el riesgo de perder el rumbo. Es como soltar el timón en medio del mar: uno cree que navega solo, pero pronto se encuentra a la deriva. La Iglesia, con sus sacramentos y su enseñanza, nos da dirección.

Pertenecer a la Iglesia no nos hace mejores que nadie, pero sí nos une a Cristo y a sus hermanos. Nos hace parte de un cuerpo, con una misión en el mundo. No es una carga, es una gracia. No es una costumbre del pasado, es una fuente viva que brota del corazón de Cristo.

Agradece hoy el don de la Iglesia. Amarla no significa ignorar sus heridas, sino comprometerse a sanarlas desde dentro. Porque quien ama a Cristo, ama también a la Iglesia que Él fundó con amor y por amor.

## Tema 2

### El verdadero significado del domingo

El domingo no es simplemente “el fin de semana”. Tampoco es solo un día para descansar, hacer mandados o ponerse al día con las tareas del hogar. Para los cristianos, el domingo es el Día del Señor, el día en que celebramos el acontecimiento más importante de la historia: la resurrección de Jesucristo.

Desde los primeros siglos, los cristianos se reunieron cada domingo para partir el Pan, leer la Palabra y orar juntos. No lo hacían por costumbre, sino porque sabían que sin ese encuentro con el Resucitado, la vida perdía sentido. El domingo es como un faro que ilumina toda la semana. Nos recuerda quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos.

No asistir a misa por pereza, distracción o indiferencia es desconectarnos de esa fuente de gracia. Y no es solo una falta personal: es una herida a la comunidad. Cuando un miembro se ausenta, el Cuerpo de Cristo —la Iglesia— sufre. La fe no es solo mía: es nuestra. Y celebrarla juntos es parte esencial de seguir a Jesús.

En la Eucaristía dominical, Cristo mismo nos alimenta con su Palabra y con su Cuerpo. Nos fortalece para enfrentar la semana, nos consuela en nuestras heridas, nos une con hermanos que tal vez no conocemos, pero que comparten nuestra misma fe. Allí, cada domingo, el cielo toca la tierra.

Es cierto que hay quienes no pueden asistir por enfermedad, trabajo o situaciones extremas. Pero fuera de esos casos, no hay excusa que justifique ausentarse habitualmente. Asistir a misa no es una obligación impuesta desde fuera, sino una necesidad que nace del amor. El amor siempre busca al amado, y en la misa, el Amado nos espera.

Además, el domingo también es tiempo para la familia, para el descanso sano, para visitar a un enfermo, para agradecer. No es un día cualquiera. Es un día bendito, consagrado por Dios desde la creación del mundo y transformado por la victoria de Cristo sobre la muerte.

Recuperar el verdadero sentido del domingo es recuperar el ritmo espiritual de la vida. Es volver a poner a Dios en el centro, no como un deber más, sino

como la fuente de todo lo que somos. El domingo no es el día que termina la semana... es el que la inaugura con luz.

### **Tema 3**

#### **¿Dejar la fe cuando hay dificultades?**

Todos, en algún momento de la vida, enfrentamos pruebas. Enfermedades, traiciones, problemas familiares, fracasos personales... situaciones que sacuden el alma y hacen temblar incluso las certezas más profundas. En medio del dolor, es natural preguntarse: ¿dónde está Dios? ¿Por qué permite esto? Y algunos, heridos o confundidos, se alejan de la fe pensando que ya no tiene sentido seguir creyendo.

Pero el Evangelio no nos promete una vida sin sufrimiento. Jesús no vino a eliminar las cruces, sino a cargar la nuestra con nosotros. Él mismo fue rechazado, incomprendido, abandonado. En Getsemaní sudó sangre. En la cruz gritó: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mateo 27,46). No estamos solos en nuestras noches oscuras: Él ya ha pasado por ellas.

La fe verdadera no es un sentimiento bonito ni una garantía de éxito. Es una confianza profunda que se purifica en la prueba. Cuando todo va bien, creer es fácil. Pero cuando todo tiembla, la fe se vuelve más auténtica, más desnuda, más humilde. A veces no sentimos a Dios, pero Él está. Callado, sí, pero presente.

Alejarse de Dios en medio de la prueba es como quitarse el abrigo justo cuando arrecia el frío: nos volvemos más vulnerables y el dolor se intensifica. Pero si en medio del sufrimiento logramos, aunque sea con un susurro, volvernos a Él en oración, ya estamos dejando entrar la luz del consuelo. Puede que Dios no cambie de inmediato la situación... pero sí comienza a transformarnos desde dentro.

Muchos santos descubrieron su misión precisamente en el dolor. Muchos hermanos nuestros, anónimos, han encontrado una fe más firme en medio de enfermedades o tragedias. ¿Cuál fue la diferencia? Que no huyeron de Dios, sino que se refugiaron en Él. Y allí, en el silencio, lo encontraron como nunca antes.

No tengas miedo de decirle a Dios lo que sientes. Él no se escandaliza de tus dudas ni de tus lágrimas. Al contrario: las recoge, las comprende y las transforma. Y si perseveras, verás que incluso de tus heridas pueden brotar flores que den vida a otros.

Dejar la fe por las dificultades es como dejar el paraguas cuando empieza a llover. Justo cuando más lo necesitas. Agarra fuerte tu fe, aunque tiemble. Y verás cómo, poco a poco, la tormenta pasará... y saldrá el sol.

## **Tema 4**

### **Las imágenes sagradas: signos que nos elevan**

En muchas iglesias católicas, y también en muchos hogares, encontramos imágenes del crucificado, de la Virgen María, de santos y santas. Para quienes no conocen bien su significado, estas representaciones pueden parecer innecesarias o incluso molestas. Algunos llegan a acusar a los católicos de “adorar imágenes”. Pero nada de eso es verdad. Las imágenes, en la fe católica, no son ídolos, sino ayudas que nos conducen a lo invisible.

Dios sabe que somos cuerpo y alma, y que necesitamos signos visibles para expresar lo que creemos. Por eso, en la historia de la salvación, Él mismo mandó hacer imágenes. Un ejemplo claro está en el libro de los Números: cuando el pueblo fue mordido por serpientes, el Señor le ordenó a Moisés hacer una serpiente de bronce y colocarla en un asta. “El que la mire quedará curado” (Números 21,8). Esa imagen no era un dios falso, sino un signo de fe que sanaba.

También el Arca de la Alianza tenía querubines de oro en su parte superior, y el templo de Jerusalén estaba lleno de elementos artísticos ordenados por Dios mismo. No es la imagen lo que se condena, sino el acto de adoración que corresponde solo a Dios. La idolatría es cuando se sustituye a Dios por algo creado. Pero una imagen cristiana bien comprendida no reemplaza a Dios, sino que nos lo recuerda.

Cuando miramos un crucifijo, no adoramos la madera ni el metal: adoramos a Cristo, a quien representa. Cuando encendemos una vela ante una imagen de

la Virgen, no creemos que esa figura tenga poder por sí misma, sino que expresamos nuestro amor a María, nuestra Madre en la fe. Las imágenes despiertan devoción, inspiran oración y fortalecen la fe sencilla del pueblo de Dios.

Es cierto que también pueden usarse mal, como todo en la vida. Por eso es importante educar en la fe y evitar supersticiones. Las imágenes no son talismanes ni objetos mágicos. Son recuerdos visibles del amor de Dios, de su presencia en la historia y de su cercanía a nosotros por medio de los santos.

En un mundo lleno de imágenes vacías, consumistas o incluso violentas, las imágenes sagradas nos invitan a elevar la mirada, a detenernos, a contemplar. Nos recuerdan que la fe también se expresa con el arte, con la belleza, con los sentidos.

Cuida con amor las imágenes que tienes en casa o en tu parroquia. Míralas con fe, no como adornos, sino como lo que son: puentes que nos ayudan a mirar al cielo y a vivir con el corazón más cerca de Dios.

## **Tema 5**

### **El significado de “hermanos” en tiempos de Jesús**

Una de las objeciones más comunes contra la fe católica es la afirmación de que Jesús tuvo “hermanos”, y que, por lo tanto, María no pudo haber sido siempre virgen. Esta confusión, que a veces se repite sin mala intención, nace de una lectura literal y fuera de contexto de algunos pasajes del Evangelio.

En la cultura bíblica y en el idioma que hablaba Jesús —el arameo— no existía una palabra específica para “primo”, “sobrino” o “pariente cercano”. Por eso, era común llamar “hermanos” a todos los miembros del clan o familia extensa. En el Antiguo Testamento ya vemos este uso: por ejemplo, Abraham llama “hermano” a Lot (cf. Génesis 14,14), aunque en realidad era su sobrino.

Cuando los evangelios mencionan a los “hermanos de Jesús” (cf. Marcos 6,3), no están hablando de hijos de María, sino de parientes cercanos, probablemente primos. La Iglesia, desde los primeros siglos, ha creído y enseñado la virginidad perpetua de María, no por desprecio al matrimonio o

a la maternidad, sino por el carácter único de su vocación: ser Madre del Hijo de Dios, consagrada totalmente a Él.

Además, si Jesús hubiera tenido verdaderos hermanos carnales, no habría confiado a su Madre al discípulo Juan desde la cruz (cf. Juan 19,26-27). Esa acción solo tiene sentido si María no tenía otros hijos que pudieran hacerse cargo de ella. Jesús, como buen hijo, cuida de su Madre hasta el último momento.

Negar esta verdad no quita nada a Jesús, pero sí oscurece el lugar especial que Dios quiso dar a María en el misterio de la salvación. Ella fue elegida desde la eternidad, llena de gracia, y su entrega total a Dios fue también una entrega total a su Hijo y a la Iglesia.

Crear en la virginidad perpetua de María no es una carga doctrinal, sino una fuente de luz. Nos muestra que Dios puede hacer cosas nuevas, que su acción rompe los esquemas humanos, y que la pureza y el amor total a Dios son posibles. María es signo de una humanidad nueva, disponible, libre, fecunda en el Espíritu.

No tengamos miedo de afirmar esta verdad con respeto y claridad. No estamos exaltando a María por encima de Jesús, sino reconociendo que Dios quiso preparar para su Hijo una morada digna, pura, y completamente disponible a su voluntad.

## **Tema 6**

### **El fundamento de nuestra fe: Cristo y Pedro**

La fe cristiana no se basa en ideas humanas ni en interpretaciones personales. Su fundamento es una persona: Jesucristo, el Hijo de Dios vivo. Él es la roca firme sobre la que construimos nuestra vida. Pero ese mismo Cristo, que es la piedra angular, también quiso edificar su Iglesia sobre una piedra visible: Pedro.

En el Evangelio según san Mateo, Jesús hace una pregunta decisiva: “*Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?*” (Mateo 16,15). Pedro, con una fe sencilla pero profunda, responde: “*Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo*”. Y Jesús,

lejos de corregirlo, lo confirma con palabras que han marcado la historia: *“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”* (Mateo 16,18).

Esta frase no es simbólica ni limitada a un momento del pasado. Jesús está fundando algo concreto: una Iglesia visible, con un fundamento real, que será signo de unidad y garante de la fe. A Pedro le entrega las llaves del Reino, es decir, la autoridad para enseñar, guiar y pastorear en su nombre. No por sus méritos personales —Pedro era humano, débil, impulsivo, incluso llegó a negarlo—, sino por la gracia de Cristo que lo transforma.

Algunos se preguntan: ¿por qué confiar en un hombre? Pero no se trata de confiar en cualquier hombre, sino en uno llamado, elegido y sostenido por el mismo Cristo. Pedro representa a todos los que, siendo frágiles, son elegidos para servir. Y esa misión no terminó con él. Sus sucesores, los Papas, continúan siendo el “Pedro” de cada generación.

La sucesión apostólica no es una invención humana, sino un don de Cristo a su Iglesia. Así como Pedro confirmó a sus hermanos en la fe, el Papa continúa hoy ejerciendo ese ministerio de unidad. Cuando enseña en comunión con los obispos del mundo, no expresa opiniones personales, sino que custodia y transmite la fe viva de la Iglesia, actualizándola con fidelidad para nuestro tiempo.

Nuestra fe está anclada en Cristo, pero vive y crece en la Iglesia que Él fundó. Separarse de Pedro es como abandonar el faro en plena noche: perdemos la orientación. Permanecer en comunión con el Papa no es una carga, sino una bendición. Nos permite avanzar con confianza, sin dejarnos arrastrar por cualquier doctrina confusa o engañosa.

Por eso, cuando en tu corazón surjan dudas, recuerda que no caminas solo. Hay una roca. Hay una Iglesia. Hay una historia viva de fe que se ha mantenido firme desde los apóstoles. Y sobre esa roca, tú también puedes edificar tu vida.

## Tema 7

### ¿Por qué celebramos la fe en comunidad?

Hay quienes dicen: “Yo creo en Dios, pero a mi manera”, o “no necesito ir a la iglesia para hablar con Él”. Si bien es cierto que la fe tiene una dimensión personal, también es profundamente comunitaria. No nacemos solos, no vivimos solos, y tampoco creemos solos.

Desde el comienzo de la historia de la salvación, Dios ha querido formar un pueblo, no individuos aislados. Llama a Abraham, pero le promete una descendencia. Libera a Moisés, pero para guiar a Israel entero. Jesús no se rodeó de seguidores dispersos, sino que formó una comunidad de discípulos. Y tras su resurrección, envió al Espíritu Santo sobre un grupo reunido... no sobre personas aisladas.

Celebrar la fe en comunidad es parte de nuestra identidad cristiana. La misa dominical, los sacramentos, la oración en común, las peregrinaciones, los retiros... no son solo actividades religiosas, sino espacios donde Dios actúa de manera especial. Allí, su Palabra se escucha con más fuerza, su presencia se comparte y su amor se experimenta en el hermano.

Cuando oramos juntos, nos sostenemos unos a otros. Cuando cantamos, nuestras voces se unen como un solo cuerpo. Cuando comulgamos, lo hacemos como miembros del mismo Pan. La fe comunitaria nos recuerda que somos Iglesia, que formamos parte de algo más grande que nosotros mismos.

Además, vivir la fe en comunidad nos purifica y nos educa. No siempre es fácil convivir con otros. Pero ahí, en la paciencia, el perdón y la fraternidad, crecemos como discípulos. La comunidad es también escuela de humildad y lugar de conversión. Nos ayuda a descubrir el rostro de Cristo en los demás, incluso en aquellos que piensan diferente.

No podemos seguir a Cristo sin seguir con los hermanos. San Juan lo dice con claridad: “El que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Juan 4,20). La comunidad nos revela nuestras fortalezas y nuestras heridas. Nos anima, nos corrige, nos acompaña.

Si te has alejado de la comunidad, vuelve. Aunque te cueste. Aunque haya heridas. Aunque sientas que “no necesitas a nadie”. Porque la fe no se vive encerrado, sino compartida. Y en la comunidad es donde el amor de Dios se vuelve carne, gesto, palabra y presencia.

## **Tema 8**

### **¿Qué significa el verdadero ecumenismo?**

En muchos ambientes se habla de ecumenismo, y a veces se confunde con relativismo o indiferencia religiosa. Algunos piensan que ser ecuménico es decir que todas las religiones son iguales o que no importa a qué iglesia se pertenezca. Pero eso no es lo que enseña la Iglesia. El verdadero ecumenismo nace del amor a Cristo y del deseo profundo de que todos los que creen en Él puedan vivir en unidad.

Jesús mismo rezó al Padre: “Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti” (Juan 17,21). Esa es su oración antes de ir a la cruz. No pide que cada uno siga su camino, sino que haya comunión. Y esa unidad no es uniformidad, pero sí exige verdad, caridad y fidelidad al Evangelio.

El ecumenismo no niega las diferencias, pero tampoco las ignora. Busca el diálogo sincero con otros cristianos separados de la Iglesia católica, reconociendo lo que tenemos en común: la fe en Cristo, la Palabra de Dios, el Bautismo, la oración. Pero también reconoce que hay heridas que aún duelen, doctrinas que dividen, y caminos que necesitan reconciliación.

La Iglesia católica no quiere imponerse, pero tampoco puede callar la verdad. Cree que en ella subsiste en plenitud lo que Cristo quiso para su Iglesia: los sacramentos, el Magisterio, la sucesión apostólica, la comunión con Pedro. Pero eso no nos hace mejores, sino más responsables. Estamos llamados a anunciar con humildad, no a despreciar.

El verdadero ecumenismo es un camino de escucha, de respeto, de oración conjunta. No busca que el otro “se convierta” por imposición, sino por el testimonio del amor, por la belleza de la verdad vivida, por la acción del Espíritu. El ecumenismo crece cuando los cristianos colaboran juntos en obras

de caridad, en defensa de la vida, en la lucha por la justicia. Ahí también se construye unidad.

No olvidemos que la división entre cristianos es una herida al Cuerpo de Cristo. Duele a la Iglesia, y es un escándalo para el mundo. Por eso, cada oración por la unidad, cada gesto fraterno, cada paso de reconciliación, es un acto de fidelidad a Jesús.

Ama a los hermanos separados. Reza por ellos. Busca conocerlos. Comparte la fe sin miedo. Y no olvides que el camino de la unidad comienza en el corazón. Porque solo quien se deja reconciliar por Dios puede tender puentes hacia los demás.

## **Tema 9**

### **¿Es válido cambiar de religión?**

En tiempos de pluralismo religioso y libertad de conciencia, muchos se preguntan si cambiar de religión es algo válido, e incluso común. Hay personas que, por decepciones, ignorancia o búsqueda de respuestas inmediatas, deciden dejar la Iglesia católica para unirse a otras comunidades cristianas o a movimientos que ofrecen consuelo rápido, promesas de éxito o interpretaciones más literales de la Biblia.

La Iglesia respeta profundamente la libertad de cada persona. Dios mismo no obliga a nadie a amarlo. Pero al mismo tiempo, esa libertad debe estar iluminada por la verdad. Y la verdad no cambia según el sentimiento o la experiencia del momento. La verdad es Cristo, y Cristo fundó una sola Iglesia (cf. Mateo 16,18).

No es lo mismo creer en Jesús de manera personal que vivir en comunión con la Iglesia que Él dejó. No todas las iglesias tienen la misma enseñanza, ni todos los caminos conducen a la misma plenitud. Cambiar de religión puede parecer fácil en lo externo, pero muchas veces se trata de renunciar sin saberlo a los sacramentos, a la Eucaristía, al Magisterio, a la comunión plena con la tradición apostólica.

Es cierto que hay católicos que no dan buen testimonio, y eso duele. También hay comunidades no católicas donde se vive la fe con fervor y entrega. Pero la verdad no depende del testimonio de los miembros, sino de la fidelidad al Evangelio completo. Dejar la Iglesia por errores humanos es como abandonar a una madre porque tiene hijos imperfectos.

En muchos casos, quienes cambian de religión no lo hacen por convicción doctrinal, sino por falta de formación o acompañamiento. Por eso, más que juzgar, la Iglesia está llamada a acoger, formar, sanar y reavivar el fuego de la fe en los corazones heridos o confundidos.

Si alguna vez te sentiste tentado a dejar la Iglesia, vuelve a mirar a Jesús en la Eucaristía. Vuelve a escuchar su Palabra desde el corazón de la Iglesia. Vuelve a descubrir la riqueza que has recibido, y que a veces olvidamos por rutina o desánimo. Porque no se trata solo de “pertener”, sino de vivir, de crecer, de perseverar.

Permanecer en la Iglesia no es aferrarse a una institución: es permanecer en la vida verdadera, en comunión con el Señor que nos llamó, nos alimenta y nos envía. No cambies de camino porque el suelo se vuelve difícil: afianza tus pasos y sigue caminando con fe.

## **Tema 10**

### **¿Debemos adorar a Dios “a nuestra manera”?**

Una frase que se escucha con frecuencia es: *“Yo adoro a Dios a mi manera.”* A primera vista, puede parecer sincera. Después de todo, cada persona tiene su camino espiritual, su forma de expresar la fe, su historia. Pero cuando esta frase se convierte en excusa para alejarse de la comunidad, de los sacramentos o del Evangelio, se corre el riesgo de construir una fe a la medida del gusto personal, y no según el corazón de Dios.

Dios no es una idea que podemos moldear según nuestras preferencias. Es el Señor, el Creador, el que se ha revelado a lo largo de la historia y nos ha mostrado cómo quiere ser amado. En la Biblia, desde el Antiguo Testamento,

vemos que Dios no acepta cualquier forma de adoración, sino la que brota de un corazón obediente y sincero, en comunión con su voluntad.

Jesús lo dejó muy claro al decir: *“El Padre busca adoradores en espíritu y en verdad”* (Juan 4,23). No en apariencia, no por tradición vacía, pero tampoco según capricho individual. Adorar “en verdad” implica conocer a Dios como se ha revelado: en su Palabra, en la Iglesia, en los sacramentos. No basta con tener buenas intenciones si nuestro corazón se cierra a la verdad completa del Evangelio.

La fe católica no anula la libertad interior, pero sí la orienta hacia la comunión. Hay muchas formas válidas de orar, de cantar, de expresar el amor a Dios... pero todas deben estar en armonía con la enseñanza de la Iglesia, que no es otra cosa que el camino que Cristo nos dejó para llegar al Padre.

Adorar a Dios “a mi manera”, cuando se convierte en aislamiento o en rechazo a lo que enseña la Iglesia, puede derivar en una fe individualista, sin raíces ni fruto. En cambio, cuando adoramos a Dios con humildad, abiertos a su Palabra, en comunión con la comunidad, entonces esa adoración se vuelve verdadera, fecunda, transformadora.

La misa, por ejemplo, no es solo una expresión personal de fe: es la oración más perfecta de la Iglesia. Allí adoramos a Dios como Jesús mismo enseñó: con su Cuerpo entregado, con su Palabra proclamada, con su Pueblo reunido. No es “mi manera”, es la manera de Cristo, y en ella descubrimos libertad, verdad y plenitud.

Adorar a Dios es un acto de amor, pero también de escucha. No se trata solo de lo que yo quiero decirle, sino de cómo Él quiere que lo escuche. Porque la verdadera adoración nace no del gusto, sino del encuentro con el Dios vivo que nos ama y nos guía.

## **Tema 11**

### **¿Qué significa “ser uno” como Iglesia?**

Antes de su Pasión, Jesús hizo una oración que sigue resonando con fuerza en el corazón de la Iglesia: *“Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo*

*en tí*” (Juan 17,21). No se trataba de un deseo piadoso, sino de una súplica cargada de amor. Jesús sabía que la unidad de sus discípulos sería el mayor testimonio de que Él realmente vino de parte de Dios.

Pero, ¿qué significa esa unidad? ¿Es pensar todos igual, rezar igual, sentir igual? No. La unidad no es uniformidad. La verdadera unidad es comunión: muchas voces, muchos carismas, muchas historias... pero un solo Espíritu, una sola fe, un solo Señor (cf. Efesios 4,4-5).

Ser uno como Iglesia implica vivir en comunión con el Papa, con los obispos, con la comunidad local, con los hermanos más cercanos y con aquellos a quienes apenas conocemos. Es reconocer que no somos cristianos aislados, sino parte de un cuerpo vivo, donde cada miembro es valioso y necesario.

Esa unidad no siempre es fácil. Hay diferencias de opinión, heridas del pasado, tensiones humanas. Pero la clave no está en eliminar las diferencias, sino en vivirlas con caridad. Cuando el amor prevalece sobre el orgullo, y la verdad sobre la ideología, la unidad florece.

La Iglesia no se mantiene unida por intereses, ni por costumbre, sino por la acción del Espíritu Santo, que la sostiene desde Pentecostés. Separarse de esa unidad, por desobediencia, rebeldía o indiferencia, es romper un lazo sagrado. Es como cortar una rama del árbol: puede parecer viva un tiempo, pero sin la savia del tronco, se seca.

Hoy más que nunca el mundo necesita una Iglesia unida. No perfecta, pero sí reconciliada. No dominante, pero sí luminosa. Una Iglesia donde los fieles caminen juntos, escuchen juntos, disciernan juntos... como pueblo de Dios. Eso es ser sinodales, eso es ser uno en Cristo.

La unidad no se impone. Se construye cada día, con humildad, oración y fidelidad. Y empieza por ti. Perdona, acoge, dialoga, permanece. Porque cuando la Iglesia es una, Cristo es visible en medio de nosotros, y el mundo empieza a creer.

## **Tema 12**

### **¿Se puede encontrar a Cristo fuera de la Iglesia?**

Esta es una pregunta delicada y muy presente en el corazón de muchos creyentes. Conocemos personas buenas que no son católicas, o que ni siquiera practican una religión, pero parecen vivir el Evangelio mejor que muchos cristianos. Entonces surge la duda: ¿se puede encontrar a Cristo fuera de la Iglesia?

La respuesta, desde la enseñanza de la Iglesia, es clara y equilibrada: sí, Cristo puede ser encontrado fuera de los límites visibles de la Iglesia católica, porque su Espíritu sopla donde quiere y actúa en lo profundo de los corazones. Pero también es verdad que la plenitud de Cristo se encuentra en la Iglesia que Él mismo fundó.

El Concilio Vaticano II enseña que la Iglesia subsiste en la Iglesia católica, donde se encuentran todos los medios de salvación: la Palabra, los sacramentos, el Magisterio, la comunión con el Papa. Pero también reconoce que hay elementos de verdad y santificación fuera de ella, especialmente en otras comunidades cristianas. Dios no está limitado por las fronteras visibles, pero sí ha querido darnos una casa común donde vivir la fe en plenitud.

Encontrar a Cristo fuera de la Iglesia puede ser una gracia inicial, una semilla. Pero el plan de Dios es que esa semilla crezca y dé fruto en la comunión plena con su Cuerpo, que es la Iglesia. A veces, las circunstancias personales, culturales o históricas hacen que alguien no conozca bien la fe católica. Si esa persona busca la verdad con sinceridad y vive según su conciencia, puede estar en camino hacia Dios, aunque no lo sepa.

Pero también hay quienes, conociendo la Iglesia, la rechazan sin razón válida. En esos casos, la búsqueda se vuelve más difícil, porque se cierran a los medios concretos que Cristo nos dejó para conocerlo y seguirlo.

La Iglesia no se cree dueña de la salvación, pero sí servidora de la gracia. No juzga los corazones, pero sabe que ha recibido una misión: anunciar a Cristo y ofrecer su salvación a todos. Por eso evangeliza, por eso acoge, por eso llama con paciencia y amor.

Si tú has encontrado a Cristo en la Iglesia, da gracias. Si lo has vislumbrado fuera de ella, no te quedes en la orilla. Da el paso hacia la plenitud. Porque en

la Iglesia, Cristo se da por entero: en la Eucaristía, en su Palabra, en la comunidad. Y allí, su amor no tiene medida.

### **Tema 13**

#### **¿Por qué llamamos al Papa “el sucesor de Pedro”?**

En cada época de la historia, la Iglesia ha contado con una figura que une, confirma y guía: el Papa. Algunos lo ven solo como un líder religioso o como una figura simbólica, pero para los católicos, el Papa es el sucesor del apóstol Pedro, elegido por Cristo para ser piedra firme en la construcción de su Iglesia.

Jesús no dejó su mensaje flotando en el aire. Fundó una comunidad concreta y eligió a los apóstoles como sus columnas. Entre ellos, destacó a Pedro: *“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”* (Mateo 16,18). A él le confió las llaves del Reino y la misión de confirmar a sus hermanos en la fe.

Esa elección no terminó con la muerte de Pedro. La Iglesia, desde sus orígenes, ha reconocido la necesidad de mantener esa función de unidad y servicio. Por eso, cuando Pedro fue martirizado en Roma, la comunidad cristiana eligió a un sucesor que siguiera guiando en su nombre. Así comenzó una cadena ininterrumpida de obispos de Roma, que llega hasta el Papa actual.

El Papa no está por encima del Evangelio ni por encima de la Iglesia. Es el primero entre hermanos, llamado a servir con humildad. Su autoridad no viene de él mismo, sino de Cristo, que lo sostiene con su gracia. Y cuando habla en nombre de toda la Iglesia, especialmente en cuestiones de fe y moral, lo hace con la asistencia del Espíritu Santo.

Ser sucesor de Pedro no es un título honorífico. Es una carga que implica oración, discernimiento, entrega total. Es pastorear un rebaño inmenso, escuchar a millones, defender la fe, promover la unidad, abrir caminos de esperanza. Y todo eso, a menudo, en medio de incomprendimientos y críticas.

Por eso, como Iglesia, estamos llamados a amar al Papa, a rezar por él, a escuchar su enseñanza. No como quien obedece ciegamente, sino como

quien reconoce en él una voz confiable, un pastor elegido por Cristo para este tiempo.

A lo largo de los siglos, los Papas han cometido errores humanos, pero ninguno ha fallado en guardar la fe que recibieron. Ese es el milagro de la fidelidad de Dios. Y es una señal de que la barca de la Iglesia, aunque zarandeada por las olas, sigue navegando con Pedro... porque Cristo no la abandona.

## **Tema 14**

### **¿Qué sentido tienen las dificultades en la vida cristiana?**

Hay quienes piensan que, al acercarse a Dios, todo debería ir bien. Que la fe es una especie de seguro contra el sufrimiento. Pero esa idea, aunque reconfortante en apariencia, no se corresponde con la vida real ni con el Evangelio. Jesús nunca prometió una vida sin pruebas. Lo que prometió fue su presencia constante en medio de ellas.

Desde los primeros discípulos, la vida cristiana ha estado marcada por el esfuerzo, la renuncia, la cruz. San Pablo lo decía sin rodeos: *“Es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios”* (Hechos 14,22). Y no lo decía con resignación, sino con esperanza. Porque en las dificultades no estamos solos: Cristo camina con nosotros.

Las pruebas pueden tener múltiples rostros: enfermedades, decepciones, crisis familiares, tentaciones, fracasos. Pero cada una, vivida con fe, puede convertirse en un lugar de encuentro con Dios. La cruz no es el final: es el paso hacia la resurrección.

Dios no manda el sufrimiento, pero sí lo permite, y lo transforma. En el fuego de la prueba, el alma se purifica, el amor se fortalece, la fe se vuelve más auténtica. No porque el dolor sea bueno, sino porque Dios tiene el poder de sacar bien del mal, luz de la oscuridad, y vida del quebranto.

Además, las dificultades nos hacen más humildes. Nos enseñan a no confiar solo en nuestras fuerzas. Nos abren a la compasión hacia el sufrimiento

ajeno. Nos recuerdan que estamos de paso y que nuestro verdadero descanso está en Dios.

Jesús no solo predicó sobre el dolor: lo cargó en sus hombros. Sabe lo que es el abandono, la traición, el cansancio, el silencio de Dios. Por eso, cuando tú sufres, no lo haces con un Dios lejano, sino con un Salvador que ya pasó por allí y te entiende desde dentro.

Si estás atravesando una prueba, no te encierres. No te preguntes solo “¿por qué a mí?”, sino “¿para qué, Señor?”. Abre tu corazón. A veces no hay respuestas inmediatas, pero siempre hay consuelo en su presencia. La oración, los sacramentos, la comunidad... son bálsamo para el alma herida.

Y cuando la tormenta pase, descubrirás que no saliste igual. Que creciste, que entendiste mejor a los demás, que tu fe ya no es teoría, sino experiencia. Porque en las dificultades, Dios no se aleja: se acerca más que nunca.

## **Tema 15**

### **La fuerza de la Eucaristía**

Entre todos los dones que Cristo nos dejó, hay uno que no tiene comparación: la Eucaristía. No es solo un símbolo, ni un recuerdo, ni una oración especial. Es su Cuerpo entregado, su Sangre derramada, su presencia viva en medio de nosotros. Es el mismo Jesús, resucitado, que se queda para alimentarnos, acompañarnos y transformarnos.

Cuando recibimos la comunión, no estamos haciendo un gesto externo. Estamos entrando en la intimidad más profunda con el Señor. Él no solo nos mira desde el cielo: entra en nuestro corazón, se une a nuestra carne, se hace uno con nosotros. San Juan Pablo II decía: *“La Iglesia vive de la Eucaristía.”* Y cada cristiano también.

Muchos viven sin descubrir este misterio. Acuden a misa como quien cumple una obligación, sin comprender que allí se actualiza el sacrificio del Calvario. En cada misa, Cristo se ofrece al Padre por nosotros. No lo hace de nuevo, sino que nos hace partícipes de aquel único y eterno sacrificio de amor.

La Eucaristía tiene fuerza sanadora. Fortalece en la tentación, consuela en el dolor, da paz en la tormenta. Alimentarse del Pan de Vida no es un lujo: es una necesidad. Así como el cuerpo necesita alimento diario, el alma necesita nutrirse del amor eucarístico para no secarse.

Por eso, recibir la comunión en gracia de Dios no es una formalidad, sino una preparación amorosa. No es un derecho automático, sino una respuesta libre y humilde al don más grande. Quien comulga con fe, se deja moldear por Cristo desde dentro. Su mirada cambia, su corazón se ablanda, su vida se vuelve ofrenda.

Además, la Eucaristía no es solo alimento individual. Es también vínculo de unidad. Cuando comulgamos, no lo hacemos en soledad: lo hacemos como Iglesia, como miembros del mismo Cuerpo. La comunión eucarística nos compromete a la comunión con los hermanos, especialmente con los más pobres, los excluidos, los que sufren.

No hay fuerza más grande que la del amor que se da hasta el extremo. Y eso es la Eucaristía: el amor hecho Pan, el cielo tocando la tierra, Dios entregándose sin reservas. Redescubre este tesoro. Vívelo con asombro. Acércate con fe. Y deja que Cristo, presente en el altar, te transforme desde lo más profundo.

## **Tema 16**

### **La importancia de conocer la Biblia**

Muchos cristianos afirman creer en Dios, pero viven alejados de su Palabra. La Biblia, en algunos hogares, permanece cerrada, como si fuera un adorno más. Sin embargo, conocer la Biblia no es un lujo para estudiosos, ni una opción secundaria: es una necesidad vital para quien desea crecer en la fe.

La Sagrada Escritura no es un libro cualquiera. Es Palabra viva, inspirada por el Espíritu Santo, que contiene todo lo necesario para nuestra salvación. En ella Dios se nos revela, no como una teoría abstracta, sino como un Padre que habla a sus hijos con amor, consuelo, corrección y esperanza.

Jesús mismo vivió de la Palabra. La citaba, la explicaba, la cumplía con su vida. En el desierto, venció la tentación no con razonamientos humanos, sino con la fuerza de la Escritura: *“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”* (Mateo 4,4). Si el mismo Hijo de Dios se apoyaba en la Palabra, ¿cómo no vamos a necesitarla nosotros?

Conocer la Biblia nos ayuda a entender mejor nuestra fe. Nos permite responder con claridad, alimentar la oración, y descubrir la voluntad de Dios para nuestra vida. Nos da sabiduría para discernir, luz en los momentos de oscuridad, y consuelo cuando todo parece derrumbarse.

La Iglesia nos anima a leer la Biblia con frecuencia, pero no de manera aislada ni a capricho. Por eso nos ofrece la ayuda del Magisterio, de la Tradición y de la comunidad. No interpretamos la Palabra desde nuestra propia lógica, sino en comunión con la Iglesia que la ha custodiado fielmente por siglos.

Empieza por los evangelios. Lee los Salmos. Descubre el libro de los Hechos de los Apóstoles. No tengas miedo de lo que no entiendas: Dios te hablará incluso a través de una sola frase. Subraya, medita, comparte. Y sobre todo, deja que esa Palabra baje del papel al corazón... y del corazón a tu vida.

Porque quien conoce la Biblia no acumula información: encuentra a Cristo, que es la Palabra hecha carne. Y quien escucha esa voz, jamás camina en soledad.

## **Tema 17**

### **¿Por qué hay tantas divisiones entre los cristianos?**

Una de las mayores heridas del cristianismo es su falta de unidad. Basta mirar a nuestro alrededor para ver templos de distintas denominaciones, doctrinas contradictorias y grupos que, aunque hablan de Jesús, no caminan juntos. Esto escandaliza a muchos y hace que otros se alejen preguntándose: *¿por qué hay tantas divisiones si todos creen en Cristo?*

La respuesta es compleja, pero tiene raíces claras: las divisiones no vinieron de Dios, sino del corazón humano. A lo largo de los siglos, han surgido separaciones por motivos teológicos, políticos, culturales, e incluso por

heridas personales no sanadas. Cada ruptura ha dejado una marca dolorosa en el Cuerpo de Cristo.

Jesús, sin embargo, quiso otra cosa. En la última cena, oró con fuerza: *“Padre, que todos sean uno”* (Juan 17,21). Su deseo era que sus discípulos vivieran en comunión, no solo de palabra, sino de corazón, de doctrina, de vida sacramental. La división, entonces, no solo contradice ese deseo de Cristo, sino que debilita nuestro testimonio ante el mundo.

No todas las diferencias entre cristianos son igual de graves. Algunas son solo de estilo o tradición. Pero otras tocan el núcleo mismo de la fe: la Eucaristía, el Bautismo, el papel del Papa, la comprensión de la gracia... Por eso, el camino hacia la unidad no se puede forzar, pero sí se puede recorrer con humildad, diálogo y oración constante.

La Iglesia católica no se considera una entre muchas. Cree que en ella subsiste la plenitud de los medios de salvación que Cristo quiso para su Iglesia. Pero eso no impide reconocer los valores presentes en otras comunidades cristianas: su amor a la Palabra, su celo evangelizador, su deseo sincero de servir a Dios. La verdadera unidad no nace del desprecio, sino del reconocimiento mutuo y del deseo de conversión.

Como católicos, estamos llamados a ser puentes y no muros, a vivir con firmeza nuestra fe, pero también con apertura de corazón. No para diluir la verdad, sino para acercarnos más a ella. Porque no se trata de que unos “ganen” y otros “pierdan”, sino de que todos nos dejemos ganar por el Espíritu Santo que hace nuevas todas las cosas.

Y esa unidad empieza en lo concreto: en rezar juntos, en trabajar por los pobres juntos, en escucharnos, en evitar el juicio apresurado. Porque donde hay caridad y verdad, allí Cristo construye la comunión que el mundo necesita ver.

## Tema 18

### El peligro de interpretar la Biblia a capricho

La Biblia es el libro más leído, traducido y amado de todos los tiempos. Pero también es, tristemente, uno de los más malinterpretados. Muchos la citan, la usan para justificar sus ideas, e incluso fundan nuevas comunidades apoyados en una interpretación personal. Sin embargo, la Palabra de Dios no es un terreno para el capricho individual, sino un tesoro que debe ser leído con fe, humildad y comunión.

San Pedro lo advirtió claramente en su segunda carta: *“Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación personal”* (2 Pedro 1,20). Es decir, nadie puede apropiarse de la Biblia como si fuera suya, aislándola de la Iglesia, de la Tradición y del Magisterio que la ha custodiado desde sus orígenes.

Cuando alguien interpreta la Escritura fuera del contexto eclesial, corre el riesgo de leer lo que quiere leer, de reducir la verdad al gusto propio o de deformar el mensaje de salvación. Así nacen errores, herejías y confusiones. No es casualidad que existan miles de grupos cristianos separados, todos diciendo basarse en la Biblia... pero llegando a conclusiones opuestas.

La Iglesia no prohíbe leer la Biblia, al contrario: la anima, la promueve y la proclama en cada misa. Pero enseña que debe ser leída con el Espíritu con el que fue escrita. Por eso ofrece criterios, guías, documentos, y sobre todo, una comunidad que discierne unida lo que Dios nos quiere decir.

Interpretar bien la Biblia es acogerla como Palabra viva, no como pretexto para discutir. Es buscar en ella la voz de Dios, no una excusa para imponer mi opinión. Es escucharla con el corazón abierto, sabiendo que muchas veces me va a incomodar, me va a corregir, me va a invitar a cambiar.

También es importante formarse. No basta con leer un versículo suelto y aplicarlo al gusto. Es necesario conocer el contexto, el sentido original, la unidad de toda la Escritura, y cómo la Iglesia la ha comprendido a lo largo de los siglos. Solo así la Biblia se convierte en lámpara verdadera para nuestros pasos.

La Palabra de Dios no necesita defensores improvisados, sino testigos que la vivan. No necesita ser manipulada, sino acogida con fe. Y no necesita ser dividida, sino compartida en comunión. Porque cuando la Biblia se lee con la Iglesia, lleva a Cristo; pero cuando se lee fuera de ella, puede llevar al error.

## **Tema 19**

### **La Virgen María, madre que nos acompaña**

En la historia de la salvación, Dios no actuó solo. Quiso contar con la libertad de una mujer sencilla, de corazón limpio y alma disponible. Su nombre es María. Su “sí” cambió el rumbo del mundo. Y desde entonces, su presencia maternal acompaña cada paso de la Iglesia y de sus hijos.

Algunos, incluso dentro del cristianismo, malinterpretan la devoción a María. Piensan que le damos un lugar que no le corresponde o que la ponemos por encima de Cristo. Pero la verdadera devoción mariana no compite con Jesús: nos lleva a Él, como en las bodas de Caná, donde María dijo: *“Hagan lo que Él les diga”* (Juan 2,5).

María es madre, no diosa. Es criatura, no creadora. Pero es una madre dada por Cristo en la cruz, cuando le dijo al discípulo amado: *“Ahí tienes a tu madre”* (Juan 19,27). Y desde entonces, todos los que somos discípulos de Jesús, tenemos en María una madre que intercede, que consuela, que guía.

Ella no ocupa el centro, pero tampoco es figura decorativa. Ha estado presente en los momentos más importantes de la vida de la Iglesia: desde Pentecostés hasta hoy, en tantas apariciones, santuarios, conversiones y milagros silenciosos. Es la madre que nos lleva en brazos cuando la fe se debilita, la que nos cubre con su manto cuando el mundo nos hiere.

Amar a María no es desviarse del Evangelio, sino vivirlo más plenamente. Ella es la primera discípula, la que escuchó, guardó y obedeció la Palabra. Es el modelo de fe, de humildad, de confianza. Su corazón estuvo traspasado junto a la cruz, y por eso entiende el dolor de cada hijo.

La Iglesia la venera, no la adora. Le canta, no para exaltarla por encima de Dios, sino para agradecerle por haber dicho “sí” por todos nosotros. El

Rosario, las advocaciones, las fiestas marianas... son expresiones de amor, de ternura, de fe encarnada. Y millones de creyentes han encontrado en María consuelo, protección y esperanza.

Hoy, más que nunca, necesitamos su compañía. El mundo necesita corazones como el de María: puros, fuertes, disponibles para Dios. Y cada uno de nosotros, en los momentos de lucha o de alegría, puede mirar a María y decir: *“Madre, camina conmigo.”*

Porque quien se deja acompañar por María, no se pierde. Porque ella, como buena madre, siempre nos lleva a Jesús.

## **Tema 20**

### **¿Qué sentido tienen los santos en nuestra fe?**

En cada época de la historia, la Iglesia ha brillado con una luz particular: la de los santos. Hombres y mujeres que, con sus vidas, mostraron que el Evangelio no es una utopía, sino un camino posible, real, concreto. No fueron perfectos, pero dejaron que Dios los moldeara hasta convertirlos en reflejo de su amor.

Para algunos, los santos parecen figuras lejanas, imposibles de imitar, encerradas en vitrinas o estampitas. Pero los santos no son superhéroes, ni son adorados por la Iglesia. Son hermanos mayores en la fe, testigos que nos animan desde el cielo, modelos de cómo vivir el amor en las diversas situaciones humanas.

El sentido de la santidad no es exaltar al ser humano, sino mostrar lo que Dios puede hacer en un corazón que se entrega. Hay santos mártires, santos contemplativos, santos de familia, santos misioneros, santos jóvenes, santos ancianos... Cada uno refleja un rostro del único Santo: Cristo. Porque toda santidad viene de Él y lleva a Él.

Honar a los santos no es idolatría. Es gratitud. Es reconocer que la gracia de Dios ha dado fruto en la vida concreta de personas que caminaron antes que nosotros. La Iglesia no les rinde culto de adoración —reservado solo a Dios—, sino un respeto especial, una veneración amorosa que nos inspira a seguir su ejemplo.

Además, los santos no están lejos ni ausentes. Forman parte de la “comunidad de los santos”, esa gran familia que une el cielo y la tierra. Y como miembros gloriosos de la Iglesia, interceden por nosotros. Rezamos con ellos, no para sustituir a Dios, sino para pedir su compañía en el camino. Así como le pedimos a un amigo que ore por nosotros, pedimos también a los santos que rueguen por nosotros ante el Señor.

Cada uno de nosotros está llamado a la santidad. No a una santidad de vitrinas, sino a la santidad cotidiana: en el trabajo, en la familia, en medio de los desafíos del mundo actual. Dios sigue haciendo santos hoy. Quizás no con aureolas, pero sí con corazones entregados.

Lee la vida de algún santo. Pídele que te acompañe. Aprende de su fe. Y sobre todo, cree que tú también puedes responder con generosidad al amor de Dios. Porque la santidad no es un privilegio de unos pocos, sino la vocación de todos.

## **Tema 21**

### **¿Por qué muchos evangélicos no aceptan a María?**

Para los católicos, María es madre, intercesora, modelo de fe. Sin embargo, no todos los cristianos la reconocen así. Muchos evangélicos y hermanos de otras comunidades cristianas la rechazan, la ignoran, o incluso se sienten incómodos al escuchar su nombre. Y uno se pregunta con dolor: *¿Qué les ha hecho María para que no la quieran?*

La verdad es que María no ha hecho otra cosa que amar, obedecer y servir a Dios con todo su ser. Su “sí” permitió que el Salvador viniera al mundo. Estuvo junto a Jesús en la cruz y permanece junto a la Iglesia como madre espiritual. Su grandeza no se basa en privilegios humanos, sino en su humildad: *“El Señor ha mirado la humildad de su esclava”* (Lucas 1,48).

Entonces, ¿por qué el rechazo? En muchos casos, se debe a una mala interpretación. Algunos creen que los católicos adoramos a María, o que le damos un lugar superior al de Cristo. Pero eso es falso. La Iglesia enseña que solo Dios es adorado. A María se le venera, se le ama, se le honra como

madre de Jesús y madre nuestra. Ella no eclipsa a Cristo: lo señala, lo entrega, lo revela.

También hay que reconocer que a lo largo de los siglos ha habido excesos en ciertas devociones, o formas populares mal entendidas. Eso ha generado confusión. Pero los errores humanos no anulan la verdad profunda: que María es parte esencial del plan de Dios, y su cercanía materna es un don para todos los cristianos.

El Evangelio mismo lo proclama: *“Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones”* (Lucas 1,48). No dice “algunas generaciones”, ni “solo los católicos”. ¡Todas! Ignorar a María es ir en contra del mismo Evangelio. Y rechazarla, muchas veces, es fruto de no haberla conocido de verdad.

María no impone su presencia. Está en silencio, como en Caná, intercediendo. Como en el Cenáculo, orando con la Iglesia. Como en el Calvario, compartiendo nuestro dolor. No busca protagonismo. Solo quiere que conozcamos a su Hijo y lo amemos con todo el corazón.

A los que no la aceptan, María no les guarda rencor. Los ama igual, como toda madre. Y a nosotros, sus hijos católicos, nos toca mostrar con humildad que tener a María como madre es una gracia inmensa. No por obligación, sino por amor. Porque ella, sin decir mucho, sigue llevándonos de la mano hacia Jesús.

## **Tema 22**

### **¿Qué es realmente la confesión?**

De todos los sacramentos, quizás el más incomprendido y olvidado sea la confesión. Muchos sienten vergüenza, miedo o simplemente creen que “con hablar con Dios basta”. Otros no lo ven necesario, porque no se consideran “tan malos”. Pero la confesión no es un invento humano ni un trámite eclesial: es un regalo de misericordia que nace del corazón de Cristo.

Después de resucitar, Jesús se apareció a sus discípulos y les dijo: *“Reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen los pecados, les quedarán perdonados”* (Juan 20,22-23). No dijo: “Que cada uno se arregle solo con Dios”, sino que

les dio poder para perdonar en su nombre. Así nació el sacramento de la reconciliación.

Confesarse no es solo enumerar errores, sino hacer un acto de humildad y de confianza en el amor de Dios. Es reconocer nuestras caídas, ponerlas ante el Señor, y recibir de su parte un perdón que renueva, que sana, que libera. No se trata de sentirse mal, sino de dejar que la gracia nos levante.

Algunas personas dicen: “¿Por qué tengo que decirle mis pecados a un hombre?”. Pero el sacerdote no escucha en nombre propio. Él actúa “in persona Christi”, es decir, en nombre de Cristo. Es Cristo quien escucha, perdona, abraza. El sacerdote es testigo de ese encuentro entre el alma arrepentida y la misericordia divina.

Además, la confesión tiene un poder sanador. Al decir en voz alta lo que nos pesa, lo que nos avergüenza, lo que nos hiere, rompemos el silencio que muchas veces nos encierra y nos paraliza. Y al recibir la absolución, experimentamos una paz que no viene del mundo.

La confesión no debe vivirse como castigo, sino como liberación. Dios no se cansa de perdonar. El que se cansa, muchas veces, somos nosotros. Pero Él siempre espera. No para humillarnos, sino para restaurar en nosotros la dignidad de hijos amados.

Si hace mucho que no te confiesas, no tengas miedo. No temas olvidar algo, o no saber cómo empezar. El sacerdote te ayudará. Lo importante es acercarte con un corazón sincero, con deseo de cambiar, con hambre de paz. Porque quien se encuentra con la misericordia, nunca vuelve igual.

## **Tema 23**

### **El bautismo: puerta de la vida nueva**

El bautismo es mucho más que un rito de bienvenida o una costumbre familiar. Es el primero y más fundamental de todos los sacramentos. Es el momento en que Dios nos incorpora a su familia, nos perdona el pecado original y nos da su propia vida divina. A través del agua y del Espíritu Santo, nacemos a una vida nueva en Cristo.

Jesús mismo lo enseñó con claridad: *“El que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios”* (Juan 3,5). Por eso, antes de ascender al cielo, envió a sus apóstoles a bautizar a todas las naciones (cf. Mateo 28,19). No fue una opción secundaria, sino una misión esencial para la salvación.

Cuando somos bautizados, algo invisible pero real sucede: se borra el pecado original, se nos da la gracia santificante, se nos hace hijos de Dios, miembros de la Iglesia y templos del Espíritu Santo. El bautismo marca el alma para siempre, como un sello indeleble que nos identifica como propiedad del Señor.

Por eso, la Iglesia no repite el bautismo. Una vez recibido válidamente, queda para siempre. Aunque una persona se aleje de la fe, el bautismo no se borra. Es como una semilla que, aunque esté bajo tierra seca, sigue teniendo el poder de florecer si se abre al agua viva de Dios.

También por eso es tan importante preparar bien el bautismo de los niños. No es solo “un acto bonito”, sino el comienzo de una historia sagrada. Los padres y padrinos no solo cumplen una tradición: asumen el compromiso de educar al niño en la fe, de enseñarle a orar, a amar a Dios, a vivir como cristiano.

Quienes ya hemos sido bautizados estamos llamados a vivir cada día según esa gracia. El bautismo no es solo un recuerdo, sino una realidad activa: somos luz del mundo, sal de la tierra, miembros vivos del Cuerpo de Cristo. Y cada vez que hacemos la señal de la cruz, renovamos con humildad y confianza ese inicio que lo cambió todo.

Agradece hoy tu bautismo. Recuerda que, en ese momento, el cielo se abrió sobre ti, y Dios te dijo: *“Tú eres mi hijo amado.”* Vive como hijo, camina como hijo, confía como hijo. Porque naciste para ser de Dios... y eso nadie lo puede borrar.

## Tema 24

### La Iglesia, madre y maestra

Para muchos, la Iglesia es vista solo como una institución. Algunos la imaginan como una estructura rígida, una jerarquía alejada del pueblo, o una organización con normas difíciles de entender. Sin embargo, desde su origen más profundo, la Iglesia no es una organización humana: es una madre y una maestra, querida y fundada por Cristo para acompañar a sus hijos hacia el cielo.

Es madre porque da a luz en la fe. En ella recibimos el bautismo, la Eucaristía, el perdón. Nos alimenta, nos cuida, nos acoge, nos consuela. Como toda madre verdadera, no abandona a sus hijos, ni siquiera cuando se equivocan. Está siempre con los brazos abiertos, enseñando el camino del amor, aún cuando ese camino sea exigente.

También es maestra, porque enseña con la luz del Evangelio. No porque tenga todas las respuestas humanas, sino porque ha recibido de Cristo la misión de custodiar la verdad y anunciarla a tiempo y a destiempo (cf. 2 Timoteo 4,2). Su enseñanza no cambia con las modas, ni se adapta al gusto del mundo. Forma conciencias, no las adormece. Corrige con firmeza, pero con ternura, como una madre que no quiere ver a sus hijos perdiéndose.

La Iglesia no es perfecta en sus miembros, porque está formada por pecadores en camino. A lo largo de la historia ha cometido errores, y eso no lo niega. Pero también ha levantado hospitales, escuelas, obras misioneras, comunidades de fe... y ha dado incontables santos que vivieron y murieron por amor. Su alma es el Espíritu Santo, que la guía incluso en medio de sus debilidades.

Quien se aleja de la Iglesia por ver sus errores, se queda sin el calor de su ternura, sin el alimento de sus sacramentos, sin la sabiduría de su enseñanza. Alejarse de la Iglesia es como abandonar a la madre cuando envejece, o como taparse los oídos cuando la maestra nos advierte del peligro.

En cambio, quien ama a la Iglesia, la cuida, la ayuda a sanar, ora por sus pastores, colabora en su misión. Porque amar a Cristo es también amar a su Iglesia, con sus luces y sus sombras, con sus heridas y sus esperanzas.

Agradece hoy que tienes una Iglesia que es madre y maestra. Déjate amar por ella, déjate formar, déjate enviar. Y recuerda: si caminas con ella, no caminarás solo.

## **Tema 25**

### **¿Por qué necesitamos los sacramentos?**

A veces se escucha decir: *“Lo importante es tener fe, no los ritos”*, o *“yo no necesito sacramentos para hablar con Dios”*. Estas afirmaciones pueden parecer razonables, pero olvidan algo esencial: la fe cristiana no es solo interior, es también encarnada. Y Dios, que nos conoce mejor que nosotros mismos, quiso regalarnos signos visibles de su gracia: los sacramentos.

Un sacramento no es una ceremonia vacía, ni un símbolo sin fuerza. Es un gesto sagrado instituido por Cristo, mediante el cual Dios actúa realmente y nos comunica su vida divina. A través de signos humildes —agua, pan, vino, palabras, gestos— el Señor toca nuestra existencia concreta, santifica el tiempo, el cuerpo, las relaciones.

Los sacramentos no sustituyen a la fe. La suponen, la alimentan, la expresan. Sin fe, un sacramento no da fruto. Pero sin sacramentos, la fe corre el riesgo de volverse algo solo sentimental o desordenado. Jesús mismo nos dejó los sacramentos como caminos seguros para encontrarnos con Él, para recibir su perdón, su fuerza, su presencia.

En el Bautismo nacemos a la vida nueva. En la Confirmación recibimos la fuerza del Espíritu. En la Eucaristía nos alimentamos del Cuerpo y la Sangre de Cristo. En la Reconciliación somos sanados por la misericordia. En la Unción de los Enfermos, recibimos consuelo y esperanza. En el Matrimonio, el amor se vuelve signo del amor de Dios. En el Orden Sagrado, algunos son configurados como pastores al servicio del pueblo.

Cada sacramento responde a una etapa de la vida, a una necesidad del alma. Son como fuentes que brotan del corazón de Cristo. No son magia, ni automatismos. Son encuentros personales con el Señor, que actúa en lo profundo de nuestro ser.

Negar o despreciar los sacramentos es rechazar los medios concretos que Dios nos ofrece para fortalecernos. No se trata de “ganarse el cielo”, sino de recibir con gratitud lo que Dios quiere darnos. Y cuanto más conocemos y vivimos los sacramentos, más comprendemos su belleza, su profundidad, su urgencia.

No dejemos los sacramentos para ocasiones especiales. No esperemos a estar en crisis para buscar la Eucaristía o la confesión. Vivamos como quien sabe que, a través de ellos, Cristo mismo se acerca cada día con las manos llenas de gracia.

## **Tema 26**

### **¿Qué significa vivir la fe en medio del mundo?**

Ser cristiano no es vivir encerrado entre las paredes del templo ni refugiarse en un ámbito protegido para evitar el contacto con la realidad. La fe no es evasión, sino misión. Jesús no pidió que nos apartáramos del mundo, sino que fuéramos luz en medio de él (cf. Mateo 5,14-16).

Vivir la fe en medio del mundo significa llevar el Evangelio a la vida cotidiana: al trabajo, a la escuela, a la familia, al barrio, a los espacios digitales, a los ambientes culturales, políticos y económicos. Es ser cristiano no solo los domingos, sino cada día, en las decisiones que tomamos, en cómo tratamos a los demás, en cómo usamos nuestro tiempo y nuestros talentos.

El Concilio Vaticano II recordó que los laicos tienen una vocación propia: santificar el mundo desde dentro, como la levadura en la masa. No basta con ser “buena persona”. El cristiano está llamado a dar testimonio visible de su fe, no para imponerse, sino para iluminar. Con su estilo de vida, debe mostrar que es posible vivir con honestidad, justicia, compasión y esperanza.

Pero no siempre es fácil. Vivir la fe en ambientes hostiles, indiferentes o marcados por la corrupción requiere valentía, discernimiento y coherencia. A veces seremos incomprendidos, juzgados o ridiculizados. Pero no estamos solos: Cristo prometió estar con nosotros siempre (cf. Mateo 28,20), y su Espíritu nos fortalece para ser sal y luz.

Vivir la fe en el mundo también implica compromiso con los más débiles, con la justicia social, con la verdad. No podemos ser cristianos “neutrales” ante el dolor del prójimo. Donde hay hambre, exclusión, violencia o mentira, allí debe estar presente la voz y la acción del creyente.

No se trata de ser perfectos, sino de ser auténticos. De dejar que Cristo transforme poco a poco nuestro corazón para que nuestras palabras y obras reflejen su amor. Cada cristiano es un puente entre Dios y los hombres. Y eso se nota cuando evangelizamos con la vida, no solo con discursos.

Hoy más que nunca el mundo necesita testigos, no solo creyentes. Hombres y mujeres de fe que, con humildad y alegría, vivan su vocación bautismal allí donde Dios los ha puesto. Porque el mundo no se cambia desde afuera... sino desde dentro, con la fuerza silenciosa de la luz.

## **Tema 27**

### **El sentido del sufrimiento en la vida del cristiano**

El sufrimiento es una realidad que todos, tarde o temprano, experimentamos. Puede tomar muchas formas: enfermedad, pérdida, soledad, fracaso, injusticia. Y ante él, el alma se sacude y pregunta: *¿Por qué, Señor?* Es una de las preguntas más humanas y más difíciles de responder. Pero el Evangelio no la ignora. La abraza con una esperanza que transforma.

Jesús no vino a explicarnos el sufrimiento desde una cátedra, sino a cargarlo sobre sus hombros. Él también lloró, tembló de angustia, fue traicionado, golpeado, crucificado. Por eso, cuando sufrimos, no lo hacemos con un Dios indiferente, sino con un Salvador que ha pasado por allí. Un Dios que no nos quita la cruz, pero que la convierte en camino de redención.

El sufrimiento, por sí solo, no es bueno. No lo buscamos ni lo glorificamos. Pero en las manos de Dios, puede adquirir un valor que escapa a nuestra lógica. Puede hacernos más humildes, más compasivos, más libres de apegos, más parecidos a Cristo. El dolor vivido con fe no destruye, purifica. No encierra, transforma.

San Pablo decía: *“Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia”* (Colosenses 1,24). Eso no significa que a la cruz de Jesús le haya faltado algo, sino que el cristiano puede unir su propio dolor al de Cristo y participar en su obra salvadora. Ningún sufrimiento ofrecido por amor se pierde.

Además, el dolor nos despierta interiormente. Nos hace reconocer nuestra fragilidad, volver a lo esencial, abrirnos a la gracia. Cuántas personas se han acercado a Dios en medio de una enfermedad o de una pérdida. Cuántas han encontrado consuelo en la oración cuando todo lo demás fallaba. Porque cuando la tierra tiembla, buscamos el cielo con más fuerza.

Dios no nos pide que entendamos todo, pero sí que confiemos. A veces no hallamos respuestas, pero sí presencia. Y esa presencia basta. En el corazón mismo del sufrimiento, el Señor nos susurra: *“No tengas miedo. Estoy contigo.”* Y esa promesa, sostenida en la cruz, se vuelve certeza en la resurrección.

Por eso, si estás sufriendo, no estás solo. Cristo está contigo. Tu dolor tiene sentido, aunque no lo comprendas aún. Ofrécelo. Abrázalo con fe. Y espera. Porque detrás de cada Viernes Santo, siempre amanece un Domingo de Resurrección.

## **Tema 28**

### **La vida eterna: nuestra esperanza definitiva**

Vivimos en un mundo que huye de hablar de la muerte. Se maquilla, se evita, se esconde. Pero los cristianos no le tememos, porque sabemos que no es el final, sino el paso hacia la plenitud. Nuestra fe no termina con la cruz, sino que florece en la resurrección. Y por eso creemos, esperamos y anhelamos la vida eterna.

Jesús lo prometió una y otra vez: *“El que cree en mí, aunque muera, vivirá”* (Juan 11,25). No hablaba en sentido figurado. Su resurrección no fue un mito, sino un acontecimiento real que cambió la historia. Y así como Él venció la muerte, nosotros también estamos llamados a resucitar con Él.

La vida eterna no es un premio para los “buenos”, ni un escape de este mundo. Es el abrazo definitivo de Dios, donde ya no habrá llanto ni dolor, donde todo será luz, verdad, amor pleno. Es la comunión eterna con el Padre, con Cristo, con el Espíritu Santo... y con todos los santos y seres queridos que nos han precedido en la fe.

Pero no esperamos el cielo de manera pasiva. Ya desde aquí comenzamos a saborearlo cada vez que amamos, perdonamos, servimos. La vida eterna no empieza después de la muerte: empieza ahora, cuando dejamos que Dios reine en nosotros. Cada gesto de misericordia, cada sacrificio escondido, cada oración sincera... es semilla de eternidad.

Crear en la vida eterna también nos ayuda a vivir mejor el presente. Nos da perspectiva, consuelo en el duelo, fuerza en las pruebas. Nos recuerda que nuestras lágrimas no son inútiles, que las injusticias no tienen la última palabra, y que vale la pena vivir con esperanza, incluso cuando todo parece oscuro.

Y aunque el juicio final sea una realidad, no lo esperamos con miedo, sino con confianza. Porque seremos juzgados por el Amor, y si hemos amado, si hemos servido, si hemos vivido en Cristo, Él mismo nos reconocerá como suyos.

No sabemos cómo será exactamente el cielo, pero sí sabemos que estaremos con Dios, y eso basta. Él ha puesto en nuestro corazón el deseo de eternidad. Y si caminamos con fe, no importa cuán larga o dura sea la ruta... al final, llegaremos a casa.

## **Tema 29**

### **¿Por qué necesitamos la Iglesia para ser santos?**

Hay quienes piensan que la santidad es una meta personal, una conquista espiritual que puede lograrse al margen de la Iglesia. Creen que, mientras se tenga una buena relación con Dios, no hace falta pertenecer a ninguna comunidad o estructura visible. Pero esa idea no refleja la realidad del Evangelio ni la experiencia de los santos.

La santidad no es un camino solitario. Es una vocación vivida en comunión, en la Iglesia, con otros y para otros. Porque la fe no es solo un asunto privado. Como dijo el papa Francisco, *“no se puede ser cristiano sin la Iglesia.”* Ella es el lugar donde nacemos a la fe, donde somos alimentados, sostenidos, formados y enviados.

En la Iglesia recibimos los sacramentos, que son fuentes de gracia indispensables para el camino de la santidad. Nadie puede crecer espiritualmente si no se alimenta del Cuerpo de Cristo en la Eucaristía, si no recibe el perdón en la Reconciliación, si no escucha con docilidad la Palabra proclamada por la comunidad. El cristiano maduro no se aleja de la Iglesia, se arraiga más profundamente en ella.

Además, la Iglesia nos ofrece modelos de vida santa: los santos canonizados, las personas sencillas que viven su fe con coherencia, las comunidades que rezan, luchan, perdonan y se levantan una y otra vez. En ellos vemos que la santidad no es perfección, sino fidelidad. Y esa fidelidad se fortalece al compartir la fe con otros.

La Iglesia también nos corrige, y eso a veces incomoda. Pero como buena madre y maestra, nos ayuda a discernir, a no engañarnos, a no caer en espiritualidades individualistas o ilusorias. Nos recuerda que la santidad no es solo rezar mucho, sino amar mucho: al prójimo, al pobre, al que piensa distinto. Y eso se aprende caminando juntos.

Separarse de la Iglesia para “buscar a Dios a solas” es como cortar una rama del árbol esperando que dé fruto. Puede parecer viva por un tiempo, pero sin la savia del Cuerpo de Cristo, se seca. En cambio, quien permanece unido a la Iglesia, permanece también unido a Cristo, y da fruto en el momento oportuno.

La santidad no es un privilegio para unos pocos. Es el llamado universal de todos los bautizados. Y ese llamado se vive en lo concreto: en la parroquia, en la familia, en la comunidad, en medio de la fragilidad... pero siempre en comunión con la Iglesia.

## Tema 30

### ¿Qué es el Magisterio de la Iglesia y por qué confiar en él?

Uno de los conceptos que más dudas genera entre los católicos es el del “Magisterio de la Iglesia”. Algunos lo ven como una autoridad impositiva, otros como una barrera para la libertad de conciencia. Pero en realidad, el Magisterio no es un poder humano que domina, sino un servicio humilde que custodia y transmite la verdad revelada por Cristo.

La palabra *magisterio* viene de *magister*, que significa maestro. Así, el Magisterio de la Iglesia es la función de enseñar con autoridad la fe y la moral, confiada por Cristo a los apóstoles y a sus sucesores: el Papa y los obispos en comunión con él. No enseñan verdades propias, sino que son testigos y guardianes del depósito de la fe.

Jesús prometió a sus apóstoles: “*El Espíritu Santo les enseñará todo y les recordará lo que yo les he dicho*” (Juan 14,26). Esta promesa no quedó en el pasado. El mismo Espíritu sigue guiando a la Iglesia para que no caiga en el error, especialmente en las verdades esenciales de la salvación. Confiar en el Magisterio es confiar en esa presencia fiel del Espíritu.

En un mundo que cambia constantemente de ideas, donde todo parece debatible, el Magisterio ofrece una orientación segura. No pretende responder a todo, pero sí ilumina con la verdad del Evangelio las cuestiones centrales de la vida humana: el valor de la persona, el sentido del amor, la dignidad de la familia, la justicia, la paz, la verdad.

Esto no significa que todo lo que dice un obispo o el Papa en cualquier circunstancia forme parte del Magisterio. El Magisterio auténtico se ejerce cuando enseñan con intención de preservar la fe, en comunión con toda la Iglesia y con el respaldo del Espíritu.

A veces, lo que enseña el Magisterio no se ajusta a lo que “el mundo piensa” o a lo que “yo siento”. Pero precisamente por eso es un signo de que no nace de opinión humana, sino de fidelidad a la Palabra de Dios. No se trata de entenderlo todo de inmediato, sino de acoger con humildad, de profundizar, de dejar que esa enseñanza nos forme.

La fe católica no es un esfuerzo solitario. Es un camino iluminado, acompañado, guiado. Y el Magisterio es parte de ese regalo. Porque Dios no nos dejó solos ante tantas preguntas. Nos dejó una Iglesia que enseña, acompaña y cuida el tesoro de la verdad con amor de madre y claridad de maestra.

## **Tema 31**

### **¿Qué significa decir que la Iglesia es apostólica?**

En el Credo proclamamos con convicción: *“Creo en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica.”* Pero, ¿qué significa exactamente que la Iglesia sea “apostólica”? ¿Es solo una palabra más en una fórmula antigua? En realidad, esta expresión encierra una verdad fundamental sobre nuestra identidad y misión.

La Iglesia es apostólica, en primer lugar, porque fue fundada sobre los apóstoles, a quienes Jesús eligió personalmente, formó, y envió con autoridad. Les confió su Palabra, los sacramentos y la tarea de predicar el Evangelio hasta los confines del mundo. Ellos fueron los testigos directos de su vida, muerte y resurrección, y su testimonio es el cimiento de nuestra fe (cf. Efesios 2,20).

Pero la Iglesia no es apostólica solo por su origen. Lo es también porque sigue fielmente lo que los apóstoles enseñaron, sin inventar un mensaje nuevo. A través de la Sagrada Escritura, de la Tradición viva y del Magisterio, la Iglesia transmite, de generación en generación, la misma fe que aquellos primeros discípulos recibieron del Señor.

Además, la Iglesia es apostólica porque permanece en comunión con los sucesores de los apóstoles: los obispos, especialmente con el Papa, sucesor de Pedro. Esta sucesión apostólica asegura la continuidad de la fe, la unidad de la Iglesia y la autenticidad de su enseñanza. No se trata de una cadena humana, sino de una fidelidad guiada por el Espíritu Santo.

Pero hay algo más: cada bautizado participa también de esta dimensión apostólica. Hemos sido enviados, como los apóstoles, a anunciar el Evangelio con la vida, en medio del mundo. La Iglesia es apostólica cuando tú y yo

asumimos con alegría nuestra vocación misionera: en la familia, en el trabajo, en la comunidad, en cada gesto de amor y verdad.

Ser parte de una Iglesia apostólica nos da raíces y nos impulsa al horizonte. Nos conecta con la fuente —Cristo, a través de sus apóstoles— y nos envía al mundo con una misión que no ha terminado. No estamos improvisando una religión nueva, estamos caminando en fidelidad al mandato del Señor: “Vayan y hagan discípulos” (cf. Mateo 28,19).

Por eso, cuando decimos que la Iglesia es apostólica, no repetimos una fórmula vacía. Recordamos quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Y renovamos el compromiso de ser, hoy, testigos vivos del amor de Dios, como lo fueron aquellos primeros hombres y mujeres que creyeron contra todo pronóstico... y cambiaron el mundo.

## **Tema 32**

### **¿Qué es la comunión de los santos?**

Cada vez que rezamos el Credo afirmamos: “*Creo en la comunión de los santos.*” Pero muchas veces lo hacemos sin detenernos a pensar qué significa. Esta expresión tan antigua y hermosa resume una verdad esencial de nuestra fe: que en Cristo, nadie está solo. Que todos los bautizados formamos un solo cuerpo, unido más allá del tiempo y del espacio.

La comunión de los santos no se refiere solo a los santos canonizados, sino a todos los que, unidos a Cristo por el bautismo, forman parte de su Cuerpo: los que peregrinamos en la tierra, los que se purifican después de la muerte, y los que ya gozan de la gloria del cielo. Es la gran familia de Dios, viva y activa, que trasciende la muerte.

Los santos del cielo no están lejos. No son figuras lejanas ni decorativas. Están vivos en Dios, y su amor por nosotros no ha terminado, al contrario: interceden, acompañan, iluminan. Rezamos con ellos, no para reemplazar a Dios, sino porque sabemos que son nuestros hermanos mayores en la fe. Y su ejemplo nos anima a seguir adelante.

También estamos unidos a nuestros seres queridos que han muerto en la gracia de Dios. Aunque físicamente ya no estén, seguimos en comunión con ellos en la oración, en la Eucaristía, en el amor que no muere. Cuando rezamos por ellos, ejercemos un acto de fe en esa unidad que la muerte no rompe.

La comunión de los santos también se vive entre nosotros, aquí y ahora. Cada vez que rezamos unos por otros, que compartimos la Eucaristía, que perdonamos, que servimos al hermano, fortalecemos esa red invisible de amor que sostiene a la Iglesia entera. Ningún acto de fe o de caridad es solo personal: todo repercute en el bien de los demás.

Crear en la comunión de los santos es creer que no estamos solos en la lucha, que el cielo está atento, que nuestros hermanos nos esperan, y que nuestra vida tiene sentido también para otros. Es saber que la Iglesia no es solo lo que vemos, sino también lo que creemos: una comunidad viva, en la tierra y en el cielo, unida por el amor de Cristo.

Así que, cuando te sientas débil, recuerda: muchos rezan por ti. Muchos te precedieron en la fe. Y muchos —incluso desconocidos— caminan contigo. Porque en la Iglesia, todo lo que es de uno... pertenece a todos. Esa es la belleza de la comunión de los santos.

### **Tema 33**

#### **¿Por qué rezamos por los difuntos?**

Cuando un ser querido muere, el corazón se llena de dolor, de preguntas, de silencio. Pero también, para los creyentes, se llena de esperanza. Porque la muerte no es el final, sino el umbral hacia la vida eterna. Y desde los primeros siglos del cristianismo, la Iglesia ha rezado por sus difuntos, como un acto de amor que atraviesa el tiempo.

Rezar por los difuntos es una expresión de fe en la misericordia de Dios. Sabemos que, aunque hayan muerto en gracia, muchos aún necesitan purificación. El Catecismo lo llama purgatorio: un estado de paso, no de condena, donde el alma se prepara para la plenitud del cielo. Nuestras

oraciones los acompañan en ese proceso, como un abrazo que sigue sosteniendo.

Ya en el Antiguo Testamento se ofrecían sacrificios por los difuntos (cf. 2 Macabeos 12,45). Y en la Iglesia, la Eucaristía ha sido desde siempre la oración más poderosa por quienes han partido. Ofrecer una misa por un difunto no es solo una tradición, es un acto concreto de caridad espiritual.

Rezar por ellos también nos consuela. Nos permite seguir unidos, seguir amándolos, seguir confiando en el poder de Dios que no olvida a ninguno de sus hijos. La muerte rompe el cuerpo, pero no destruye el vínculo del amor. Y cuando oramos, ese lazo se fortalece.

Muchos preguntan: *¿Dónde están ahora? ¿Ya descansan? ¿Nos volveremos a ver?* La fe no responde con mapas, pero sí con certezas: *“Dichosos los que mueren en el Señor”* (Apocalipsis 14,13). Si vivieron en su gracia, descansan en su paz y esperan la resurrección. Y si aún se purifican, nuestras oraciones les ayudan a caminar hacia la luz.

No olvidemos a los que han partido. No pensemos que “ya no lo necesitan”. La caridad no se acaba con la muerte. Un Padre Nuestro, una visita al cementerio, una Eucaristía ofrecida... son signos sencillos pero cargados de fe, que alivian el alma de los que amamos y nos recuerdan que la vida continúa, ahora en Dios.

Y un día, cuando nosotros crucemos ese umbral, también necesitaremos esa oración silenciosa de los que quedan. Porque la Iglesia no es solo una comunidad en el presente, sino una familia que se acompaña hasta el cielo.

## **Tema 34**

### **¿Qué valor tiene ofrecer una misa por alguien?**

A veces, al morir un ser querido, escuchamos esta frase: *“Le vamos a ofrecer una misa.”* Muchos lo hacen con devoción, otros por costumbre, sin comprender del todo lo que realmente significa. Pero ofrecer una misa por alguien, ya sea vivo o difunto, es uno de los gestos más poderosos de amor cristiano que podemos realizar.

La Eucaristía no es solo una oración más. Es el sacrificio de Cristo mismo, renovado sacramentalmente, donde Él se entrega al Padre por nosotros. Es el acto más perfecto de intercesión, el corazón mismo de la Iglesia en oración. Cuando se ofrece una misa por una intención específica, esa persona —viva o difunta— es presentada ante Dios en el momento más sagrado del culto cristiano.

Ofrecer una misa por un difunto no cambia la voluntad de Dios, pero sí aplica los frutos del sacrificio de Cristo a esa alma, ayudándola, si está en purificación, a acercarse más rápidamente a la plenitud del cielo. Es una manera concreta de seguir amando, de colaborar con la misericordia divina, de decir: *“No te he olvidado. Te encomiendo al amor que no muere.”*

También podemos ofrecer misas por los vivos: por un enfermo, por un aniversario de vida, por una intención especial, por un alma herida, por una familia que lucha. Es un acto de fe en que Dios escucha y actúa a través de la Eucaristía. Es pedirle al Señor que derrame su gracia sobre esa persona de un modo especial.

Esto no reemplaza nuestra oración personal ni nos exime del compromiso con los necesitados, pero sí fortalece el vínculo espiritual. Porque cuando el amor se une al sacrificio del altar, se vuelve fecundo, eterno, transformador.

A veces pensamos que no podemos hacer nada por quienes ya partieron. Pero podemos. Podemos orar, y sobre todo, ofrecer la misa. Y así como damos flores, lágrimas o recuerdos, podemos darles el don más grande: la ofrenda del mismo Cristo, que murió y resucitó para darnos vida.

Nunca es tarde para ofrecer una misa. Nunca es inútil. Nunca cae en el vacío. Porque cada Eucaristía es un puente entre la tierra y el cielo, entre nuestro corazón y el de Dios. Y allí, el amor, lejos de terminar, se vuelve eterno.

### **Tema 35**

#### **¿Por qué seguimos creyendo en la Iglesia, a pesar de todo?**

Vivimos tiempos en los que la Iglesia es objeto de críticas, dudas y desconfianzas. Y no sin motivo. Han salido a la luz pecados graves, escándalos

dolorosos, actitudes que contradicen el Evangelio. Muchos se han alejado decepcionados, heridos o confundidos. Y surge la pregunta sincera: *¿Cómo seguir creyendo en la Iglesia... a pesar de todo?*

La respuesta no está en negar las heridas, sino en volver al corazón del misterio. La Iglesia no es una asociación humana, ni una institución creada por hombres. Es el Cuerpo de Cristo, nacido de su costado traspasado en la cruz. Es la esposa amada, aunque muchas veces herida. Es madre, aunque también necesite ser sanada.

Creemos en la Iglesia no por lo que hacen sus miembros, sino por lo que Cristo ha hecho en ella y por ella. Él prometió: *“Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”* (Mateo 28,20). Y esa promesa no ha caducado. A pesar de nuestras caídas, Él permanece fiel.

Los santos lo entendieron. Amaron a la Iglesia con pasión, aun cuando veían sus sombras. San Francisco de Asís, Santa Catalina de Siena, San Juan Pablo II... no cerraron los ojos al pecado, pero tampoco abandonaron el barco. Rezaron, sirvieron, reformaron desde dentro, con la certeza de que la Iglesia es santa en su origen, aunque necesite conversión constante en sus miembros.

Cada cristiano es parte del problema... pero también de la solución. En lugar de alejarnos criticando, estamos llamados a quedarnos amando. A construir comunidad, a sanar con ternura, a vivir con autenticidad. Porque la Iglesia será más creíble si tú y yo vivimos con coherencia lo que decimos creer.

No tengas miedo de reconocer las heridas. Pero tampoco pierdas de vista los milagros silenciosos que siguen ocurriendo: vidas transformadas, perdones imposibles, jóvenes que entregan su vida por el Evangelio, comunidades que luchan por los pobres, familias que se mantienen unidas en la fe. Eso también es Iglesia.

Crear en la Iglesia, a pesar de todo, es un acto de madurez espiritual. Es ver más allá del barro y descubrir el tesoro. Es saber que Cristo no abandona a su esposa. Y si Él no lo hace, ¿quiénes somos nosotros para soltar su mano?

## Tema 36

### ¿Qué sentido tiene ser católico hoy?

En una época donde todo se relativiza, donde la religión es vista como cosa del pasado y donde muchos se declaran “espirituales pero no religiosos”, ser católico parece, para algunos, una elección extraña, incluso incómoda.

Entonces surge la pregunta: *¿Qué sentido tiene ser católico hoy?*

Ser católico hoy es más necesario que nunca. No como una etiqueta, ni como una tradición vacía, sino como una forma de vida que responde a las preguntas más profundas del corazón humano: ¿quién soy?, ¿para qué vivo?, ¿a quién pertenezco?, ¿qué me espera después de la muerte?

Ser católico es pertenecer a una familia universal, que atraviesa culturas, lenguas, tiempos y fronteras. Es estar en comunión con millones de creyentes que rezan, aman, sirven, luchan, perdonan, sanan. Es recibir una herencia de fe que no inventamos, pero que somos llamados a custodiar y compartir.

Es tener acceso a los sacramentos: signos visibles de la gracia invisible, donde Dios actúa realmente. Es celebrar la Eucaristía, donde el cielo se une a la tierra, donde Cristo se nos da como Pan de vida. Es escuchar la Palabra viva, interpretar la vida a la luz del Evangelio, y vivir en comunión con el Papa y con la Iglesia entera.

Ser católico no significa tener todas las respuestas, ni ser perfecto. Significa caminar con otros, como discípulos, hacia la verdad que libera. Significa acoger la cruz como parte del camino, y la esperanza como fuerza que sostiene.

Hoy ser católico implica ir contracorriente. Defender la vida, la familia, la dignidad humana, la verdad del Evangelio... no siempre es bien recibido. Pero es precisamente en estos tiempos difíciles cuando la fe se purifica, se fortalece, se vuelve más auténtica.

Ser católico no es encerrarse en una burbuja. Es comprometerse con el mundo, con sus alegrías y heridas, desde una mirada de fe. Es ser puente, no muro. Es anunciar con la vida que Dios existe, que nos ama, y que la Iglesia es casa y escuela de comunión.

¿Tiene sentido ser católico hoy? Más que nunca. Porque el mundo necesita testigos, no teorías. Y ser católico es precisamente eso: ser testigo de un Amor que no pasa.

## **Tema 37**

### **Razones para seguir creyendo**

Creer no siempre es fácil. Hay días de fe luminosa, pero también noches de oscuridad. Hay respuestas que nos llenan el alma, y silencios que nos inquietan. Y sin embargo, creemos. Seguimos creyendo. No por costumbre, no por miedo, no por presión... sino porque hemos encontrado algo —mejor dicho, a Alguien— que da sentido a todo.

Creer es responder a una llamada. Es descubrir que no estamos aquí por casualidad, sino que hay un Dios que nos pensó, nos amó primero y nos llama por nuestro nombre. Creer es confiar en que, incluso cuando todo parece romperse, Él sigue teniendo la última palabra. Y esa palabra siempre es amor.

Seguimos creyendo porque hemos visto. Porque en medio de la fragilidad, hemos experimentado su consuelo. Porque en medio de la culpa, hemos recibido su perdón. Porque en medio del dolor, hemos sentido su cruz junto a la nuestra. Porque en el silencio, hemos escuchado su voz susurrando: *“No tengas miedo.”*

Creemos porque la fe no es una teoría, es un encuentro. Porque no se trata de entenderlo todo, sino de caminar con Alguien que nos acompaña. Porque hemos descubierto que la vida sin Dios se vuelve más pesada, más vacía, más incierta... y que con Él, incluso lo difícil se transforma en camino de crecimiento.

Seguimos creyendo porque no estamos solos. Porque formamos parte de una Iglesia que, a pesar de sus heridas, sigue siendo madre. Porque hemos recibido el testimonio de otros que, con su fe silenciosa o heroica, nos han mostrado que el Evangelio es verdadero. Porque el amor de Dios se sigue derramando en los corazones.

Creemos porque la esperanza no defrauda. Porque sabemos que esta vida no lo es todo. Porque anhelamos la plenitud, la justicia definitiva, la comunión eterna. Porque Cristo ha vencido a la muerte, y en su resurrección hemos sido salvados.

Y aunque haya dudas, cansancio, confusión o heridas, seguimos creyendo. A veces con fuerza, a veces con lágrimas. Pero seguimos. Porque creer no es tener todo claro, sino confiar incluso en la niebla. Y porque sabemos que Dios no suelta la mano de quien, aunque débil, se la ofrece.

Estas son nuestras razones. Y quizás tú tengas las tuyas. Pero hay una que nos une: Él nos amó primero. Y ese amor... nunca dejará de llamarnos.

### **Conclusión pastoral**

Al llegar al final de este camino, no se trata de haberlo entendido todo, sino de haber redescubierto el tesoro que ya teníamos. A veces, como el sembrador del Evangelio, necesitamos volver a mirar la tierra, cuidar la semilla, volver a creer en la fuerza del Evangelio que, aún en medio de las dudas, no deja de germinar.

Estas páginas no han querido imponer nada, sino ofrecer razones. No han querido señalar, sino acompañar. Porque la fe no crece por presión, sino por atracción. Y lo que más atrae es el testimonio de una vida transformada por el amor de Dios.

La Iglesia no es perfecta, pero es nuestra madre. La fe no siempre es clara, pero es nuestra luz. Y Dios, aun cuando parece lejano, sigue buscándonos, sigue hablándonos, sigue amándonos.

Si algo de este libro te ha ayudado a mirar con más esperanza, a volver a orar, a perdonar, a confiar, a reconciliarte con la Iglesia... entonces bendito sea Dios. Y si aún quedan preguntas, que no te asusten. Las preguntas no apagan la fe, la hacen crecer cuando se buscan con sinceridad.

Que María, madre creyente, y los santos que nos han precedido, sigan intercediendo por nosotros. Y que tú, desde donde estás, también puedas ser una razón para que otros crean. Porque la fe no es solo algo que se defiende: es algo que se transmite con la vida.